

Ignoro si tales observaciones, como el autor lo declara, "ayuden a comprender mejor las esencias de lo hispano", pero en todo caso no tienen la menor trascendencia y no se ve la utilidad de que aparezcan impresos. Pero no es conveniente detenerse en estos detalles, porque el valor de *Andanzas por la Vieja España* no reside, por fortuna, en ellos. Si como libro de viajes, la obra de don Julio Alemparte ostenta no pocos defectos, como instrumento didáctico, es de primer orden, por la erudición maciza que demuestra quien la suscribe, que ha debido leer multitud de libros sobre la materia para documentarse a conciencia y en seguida divulgar los conocimientos que esos llevan consigo.

Andanzas por la Vieja España es un libro en esencia instructivo; a veces yo pensaba que su autor se quitaba voluntariamente de la escena, para que en vez suya aparecieran tratadistas, historiadores y ensayistas de la altura de Menéndez y Pelayo, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Américo Castro y otros, para que éstos procedieran a explayarse sobre temas que el señor Alemparte considerara de interés para el lector. No puede negarse que en tal aspecto consigue su objetivo; las palabras autorizadas de aquéllos se expanden en el ámbito de este libro y resuenan convenientemente. Se echa de menos, sí, en muchas oportunidades, la opinión del colega chileno, devoto de las mismas disciplinas profesadas por quienes honran a la intelectualidad española.

El señor Alemparte, en otro de sus viajes, abandona ese criterio, y nos brinda una crónica titulada "Viernes Santo en Toledo", interesantísima, que revela una fina pupila, a un poseedor de aguda sensibilidad. ¿Por qué no utilizó esas mismas condiciones en todo su libro? No se sabe. Sólo cabe lamentarlo en nombre de las letras chilenas. No habría sido éste un libro de contrastes marcados, sino que homogéneo en su todo, ameno, sin que por ello perdiera su virtud didáctica, que desde luego cabe reconocerle con toda lealtad.

Tomás P. Mac Hale.

<https://doi.org/10.29393/At394-140JCTM10140>

JR. Crónicas, de RENÉ SILVA ESPEJO.
Zig-Zag, 1961

No es enteramente efectivo que el género periodístico tenga por lo general breve existencia —casi siempre un día—, como lo pensaba Carlos Silva Vildósola, porque los artículos recogidos en volumen, por ostentar esa calidad, subsisten al menos en las bibliotecas. El libro de por sí realza las ventajas literarias; muy distinto es el artículo periodístico: pronto se le olvida y sobre él se amontonan multitud de otros de índole semejante.

Comprendiendo estos inconvenientes y para deleite de sus lectores, el gran periodista René Silva Espejo ha recopilado con el título de *Jr Crónicas* una colección de ellas, de épocas diferentes, rescatándolas del olvido involuntario en que habían caído. En el señor Silva Espejo reside una dualidad muy significativa y digna de atención; es autor, por una parte, de editoriales de gran profundidad y que revelan notoria versación en los temas sobre los cuales

versan, frecuentemente económicos y financieros, políticos y sociológicos; y, por otra, de crónicas breves, de gran sentido humorístico, que conforman el otro lado de la medalla, más asequible, por supuesto, y que constituyen el contrapunto de los primeros, siempre circunspectos y, ¿por qué no decirlo?, un poco temibles.

Escribir economía o historia con amenidad conduciría, a corto plazo, al descrédito de ambas disciplinas. Pero el autor de este libro, sabiamente, divide sus aptitudes, marcha por dos vías que rarísima vez se entrecruzan —cuando nadie lo esperaba—, al notarse en los límites de lo imperceptible, para el lector poco acucioso, la chispa que le da vida y le concede una vitalidad insuperable. El "Yo soy tú", de Jorge Délano (Coke), quien ha ilustrado con su talento ya conocido las *Jr. Crónicas*, se cumple con toda escrupulosidad. Pero éstas son excepciones, aunque en términos absolutos la crónica representa la caricatura del artículo de fondo, en el que se analizan graves y complejos problemas.

Pues bien, en crónicas singularmente breves —de Jr., menor— René Silva Espejo, irónico e incisivo, bosqueja una situación de actualidad, formula observaciones en torno de ella, siempre festivas, y al final deduce algunas consecuencias provechosas, como en los apólogos moralistas de la Edad Media.

Obsérvese, por ejemplo, la crónica "La flema británica" (págs. 44-45). A propósito del romance de la Princesa Margarita —hoy felizmente consolidado—, expresiones exaltadas conmovieron a Inglaterra, las que, en cierto modo, desmentían la calidad de un país, en que el culto a la flema más imperturbable, constituía una cualidad esencial e inherente al carácter inglés, de suyo reposado y tranquilo. No era para menos. Tan especial suceso carecía de precedentes en la historia patria y representaba si no una quiebra de la tradición —en el fondo y en la forma— por lo menos un resquebrajamiento, cuyas proyecciones escapaban a todo augurio y eran, hasta cierto punto, imprevisibles. Los hechos demostraron lo contrario, pues frente a comentarios malévolos, a equivocadas apreciaciones y a predicciones tendenciosas, la realidad, la fría y estricta, era antagónica a las opiniones vertidas sobre la materia.

Más adelante, en "Calmantes" (págs. 105-106), glosa un hecho que no deja de sorprender a quien se impone de él: "Los británicos consumen diariamente 10 millones de tabletas analgésicas, sin contar otros tantos millones de sedantes, barbitúricos y demás vasodilatadores con que la humanidad de nuestros días trata de vivir en paz". Cualquiera imaginaria que otra nación de la tierra, pero los ingleses...

Resulta inexplicable. Pero se trata de hechos comprobados.

¿A qué se debe esto, tan sorpresivo? Nada más que a la necesidad de combinar en la forma más adecuada posible las bondades temperamentales con los beneficios médicos, para soportar las contrariedades que salgan al paso. El señor Silva Espejo acota, con aire festivo, que la tranquila seguridad de los ingleses es... "producto de la botica".

En "Héroes" se descubre otro aspecto singular. "S. M. la Reina Isabel II al revistar a los heroicos condecorados con la Cruz Victoria, la más alta

distinción al valor militar, divisó en el grupo a un hombre en silla de ruedas; con delicadeza singular, le preguntó por su salud, dedicándole algunas palabras de consuelo. Al final del homenaje se descubrió que era un inglés que sufría de reuma y que jamás había estado en acciones de guerra" (pág. 174). De este hecho, se deduce una vez más que las apariencias engañan.

Indudablemente que son muchos los aspectos dignos de ser comentados y en forma debida de las *Jr. Crónicas*, de René Silva Espejo, pero ante la imposibilidad de hacerlo, valga la siguiente generalización: en todas ellas su autor conjuga la seriedad y la gracia, desborda un sano optimismo, escribe con una corrección ejemplar, sabe sacar partido de situaciones que otros estimarían áridas por completo. Escribe en "Oratoria fúnebre", que en los entierros siempre quedará un grupo de deudos, cuyo deber no es otro que "estrechar con efusión la mano del orador casi solitario, deseando en el fondo apretarle el cuello". ¿Qué cabe, entonces, sino sorprenderse de la agudeza de Jr.?

Los políticos, los médicos, los oradores, las mujeres, todos tienen en estas páginas reparos inteligentes, críticas perspicaces, alfilerazos sutiles, que, como escribe acertadamente el prologuista Antonio R. Romera, "no muerde ni hiere", porque el humor y la sátira han sido concebidos para alejar al lector de las preocupaciones que los agobian y contribuyen a irritarlo.

En medio de las inquietudes y la angustia contemporánea, reflejadas en una literatura de sombrías y alucinantes proyecciones, también aparecen obras que han sido escritas con propósitos bien diferentes. En buena hora, pues ya hay suficientes narraciones y ensayos grises, opacos, terriblemente serios. De pronto surgen libros livianos, de intenso contenido humorístico que nos apartan, siquiera por instantes, de la problemática complicada de la literatura actual. Bienvenidos.

En el caso de René Silva Espejo, a sus condiciones de gran periodista, une las de humorista de rancia estirpe, por lo cual y en vista de esa dualidad tan singular, está llamado a instruir y a regocijar, condiciones que nacen de un notable y multifacético talento.

Tomás P. Mac Hale.

El don obscuro, poema de FRANCISCA OSSANDÓN.

Ediciones Lírica Hispana. Caracas, 1961

Un camino torturado, donde el relámpago nos enceguece de pronto y la sombra permanece traspasada de una vibración musical —hálito quemante, sollozo contenido—, que nunca alcanza a romperse, que se resuelve en un acorde profundo, grave, uncioso.

Con respeto nos adentramos por este camino: nombres, amadas sombras nos penetran. Italia surge desde las palabras precisas, ajenas a la retórica. Una Italia mirada hacia adentro, viva en la carne, estremecida en el verso que no la describe, sino que la coge para mostrarla en su intensidad, como si formara un mismo ser con el alma de la escritora.